

## VIVIR EN EL AMOR DE JESÚS

Queridos diocesanos:

Ser cristiano no es otra cosa que vivir en el amor de Jesús, el que Él nos tiene y el que nosotros le mostramos. Ser seguidor Jesús, discípulo suyo, no consiste ante todo en cumplir unas normas o seguir un código ético, sino en ser amados y amar.

Lo primero es el amor que Él nos tiene. La experiencia fundante y radical, que nos mueve a seguirle es la de ser amados por Jesús. San Juan subraya con razón que “Él nos amó primero” (1 Jn 4, 19). Esto es lo que experimentaron Pedro, Juan y los demás discípulos: que el amor de Jesús hacia ellos era inmenso y que nada se podía comparar con aquel amor. Cuando Juan lo describe dice que “los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1). También en nuestra vida cristiana lo primero es saber que Cristo nos ha amado, que me ama personalmente con un amor infinito y eterno. “Me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20) escribe San Pablo. Jesucristo es alguien que vive para siempre y que nos ama sin medida.

Sólo en segundo lugar viene nuestra respuesta de amor, que es siempre frágil, pobre y muy limitada, porque nunca le amaremos a Él como Él nos ama. Sin embargo, al ser inundados por el amor de Jesús, sentimos la necesidad de responder ofreciéndole el amor de nuestro pobre corazón. El discípulo de Jesús es, sobre todo, un enamorado, alguien que se ha dejado seducir por Él y que sólo sabe repetirle como Pedro: “Señor, tú sabes que te amo” (Jn 21, 17).

Ese amor es la fuente de toda nuestra vida. Vivir en el amor de Jesús nos conduce a imitarle, poniendo también nosotros nuestra pequeña existencia al servicio de todos y transmitiéndoles todo el amor que Él nos tiene. Quien le ama, guarda su Palabra, sigue sus mandatos y vive imitando su estilo de vida. Del amor de Jesús nace el deseo de amar como Él nos amó (cf. Jn 13, 34), de hacer sentir a los demás todo eso que hemos recibido como un regalo inmenso, que no merecemos. Sólo en esta perspectiva se comprenden adecuadamente las normas morales y mandamientos que conforman la vida cristiana, que son siempre respuesta y expresión de nuestro amor a Jesús.

Lo más extraordinario es que, cuando entramos en esta dinámica de amor, nos vemos insertos en la misma vida de la Trinidad Divina, cuya esencia es amor. Quien ama a Jesús y le sigue, recibe el amor del Padre y, al mismo tiempo, queda lleno del Espíritu de Amor. Así, nuestra vida cristiana no consiste tanto en lo que nosotros hacemos sino en lo que Dios hace en nosotros, en dejarnos arrastrar por esa dinámica de amor, que nos introduce en el corazón mismo de Dios. Las palabras de Jesús son claras: “al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré a él” (Jn 14, 21).